



Libro: Alvira Domínguez,  
Rafael y Hurtado Domínguez,  
Rafael. *Oikía y Polis. La  
familia, raíz y alma de  
toda sociedad*. Pamplona:  
EUNSA, 2023. 147 pp.

---

**Antonio Argandoña**

Profesor Emérito, IESE Business  
School, Universidad de Navarra  
aargandona@iese.edu

¿Otro libro sobre las crisis de la familia y de la sociedad? En cierto modo, sí. Pero, a pesar de su brevedad, *Oikía y Polis* es mucho más: es un tratado de antropología y filosofía social y política que permite entender muchos errores de la sociedad de nuestro tiempo, empezando por la persona, siguiendo por la familia y llegando a la sociedad y al instrumento que hemos diseñado para garantizar su buen funcionamiento, el Estado, que está, por cierto, muy lejos de conseguir ese objetivo. Construir un hogar familiar no es un problema técnico, sino humano. Y sin una base familiar sana, la sociedad no puede prosperar.

La base en que se fundamentan la familia y la sociedad es religiosa; por eso no pueden ser regidas por un ente extrínseco, como es el Estado. Dios nos ha querido familiares. La familia es una imitación de lo divino, de lo Absoluto, en un mundo imperfecto. Su fundamento es el amor, que no es posesión del otro, sino confianza en el otro. Amor y confianza llevan al sacrificio, a la entrega de los gustos, afectos y tendencias al otro, como ocurre en la familia entre los esposos y con los hijos. Esto se aprende en el hogar, por “ósmosis familiar”, en un ambiente de gratitud y confianza entre el que da y el que recibe. Ahí se encuentra el primer y último sentido de la entrega de la vida.

La sociedad se concibe hoy en un sentido cuantitativo, como un conjunto de individuos caracterizados por su libertad, una libertad radicalmente individualista que absolutiza la dimensión subjetiva del individuo y relativiza la verdad objetiva. De este modo, la familia viene a ser una posibilidad más de elección individual, transitoria, entre otras muchas posibilidades de vida. Pero la casa, el hogar, es expresión de un espíritu. No se puede dar por supuesta, como solemos hacer con las cosas que ya funcionan, porque esto nos lleva a no agradecer lo que tenemos, en lugar de esforzarnos por hacer verdaderamente nuestro aquello en lo que se vive y con quien se vive. Y esto exige sabiduría y sacrificio. Valorar la familia es una tarea exigente, que requiere valentía.

La aspiración más profunda de todo ser humano es estar en paz y ser libre. Paz y libertad, que es lo que se busca en la sociedad, y que es lo que encontramos, en primer lugar, en el hogar. Paz y libertad que crean alegría y nos protegen de los peligros del vacío y de la soledad en la vida. No se puede tener paz sin libertad, ni ser libre si no se vive en paz. El enlace entre ellas es la seguridad: vivimos seguros si vivimos en paz y experimentamos la libertad. Esa es la tarea primera del hogar. Por eso, el ser humano es constitutivamente hogareño, familiar, porque es social, relacional. Todos anhelamos “sentirnos en casa” allá donde estemos, lejos del peligro, en la universidad o en la empresa, en el ocio o en el trabajo.

Solo podemos vencer la sensación de peligro cuando entramos en nuestra casa, o en un ámbito que nos recuerda a nuestra casa, a nuestra familia. Después del “fallo original” que siempre encontramos en nuestras instituciones, nos sabemos caminantes hacia nuestra casa definitiva. En nuestro hogar estamos salvados, seguros, libres, alegres y en paz. *Oikía y Polis* acaba con un divertido e instructivo epílogo titulado “La vida después del parto”, una conversación figurada entre dos bebés aún en el seno materno, que se preguntan cómo será la vida cuando salgan al exterior; uno proyecta a aquella vida futura los cuidados que ha recibido de su madre y del resto de su familia, mientras que otro se muestra pesimista ante la inseguridad de lo que le espera. El seno materno es, efectivamente, el lugar radical y originario de la libertad, la seguridad, la alegría y la paz, porque “alguien” nos quiere. Se puede “ser”, pero es imposible “existir” si nadie te quiere; no podemos estar donde no nos quieren. La seguridad la tenemos en el hogar de un modo nuclear, porque en él tenemos confianza. Y en la seguridad y la confianza nos sentimos libres.

Los capítulos finales del libro proyectan estas ideas sobre la ciudad, la *polis*. La perfección que buscamos en la sociedad se apoya en la familia, no en los individuos, y requiere virtud para asegurar esa perfección. Y esto no lo puede asegurar el Estado moderno. El hogar, la casa, la *oikía* es la primera forma social natural. Esto lo hemos perdido en la modernidad, en la que el elemento político básico es el individuo, y el Estado es una totalidad abstracta de individuos.

Por eso, la familia es no solo la célula fundamental de la sociedad, sino su alma. Por eso, las instituciones intermedias, desde la familia y la empresa a la comunidad local y las asociaciones voluntarias, inspiradas en la familia y colaborando a la seguridad, confianza, libertad y paz de las personas, promueven el desarrollo orgánico y progresivo de la sociedad, porque reflejan, cada una a su manera, el alma familiar. De este modo, la confianza que da la familia se traslada a la *polis* a través de los cuerpos intermedios. Y la *polis* hace en grande lo que la familia hace en pequeño: instaurar la paz, la libertad y la seguridad.

Esto explica también el fracaso del Estado moderno, que encarna y centraliza los problemas. Pretende que el derecho guíe a la política, porque estamos en un Estado de derecho, pero no respeta la ética, porque no admite una instancia superior a sí mismo. De este modo el ámbito político-estatal se extralimita e invade el campo jurídico y ético, rompiendo el clima de confianza. Hoy en día el Estado pretende asumir las funciones de la sociedad civil, sobre todo de la familia, en ámbitos como la educación, la seguridad, la salud y la atención social, tratando de generar una sociedad civil de espaldas a la familia y a la religión, lo cual no deja de ser una contradicción en términos.

Todo lo dicho pone de manifiesto que este libro contiene una gran riqueza de ideas capaces de inspirar un conocimiento profundo de la persona, de la familia y de la sociedad, riqueza que podemos proyectar en nuestra vida y en el trabajo intelectual. Como explica la Introducción, a cargo de Luis María Caballero, el libro no tiene concesiones a lo políticamente correcto. Lo completan un epílogo 1, dedicado a “G.K. Chesterton: un enamorado del hogar” y el epílogo 2, “La vida después del parto”, mencionado antes.